



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. IX.

DIRECTORA.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 8 de Setiembre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

SUMARIO.

La Caridad, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez. — ¡Solo un Dios y solo un culto! novela de costumbres, por id. — ¡Soy el Dolor! poesia, por D. E. A. V. R. — El palacio de Montsabrey, novela — Seccion infantil, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez. — Variedades

LA CARIDAD

(CONCLUSION.)

La condesa adelantó por aquel patio húmedo, sucio y casi oscuro, y penetró en un pasillo, en el que apenas veía poner el pie, y que daba paso á una habitacion tan miserable, tan triste y fria, que Ana sintió angustiarsele el corazon.

—¿Quién es? preguntó al oír sus pasos una voz empapada en lágrimas, ¿quién es?

—Yo soy, contestó la jóven adelantando sin vacilar.

—¿Usted!

—Sí, ¿no la dije que Dios no la abando-

naria? pues bien, vengo en su nombre á remediar todos sus males!

—¿Todos? ¡ay! señora, creo que es demasiado tarde!

—¿Cómo!

—Mi hijo, mi hijo de mi alma! dijo la triste madre señalando al niño tendido en un miserable jergon en un extremo del cuarto.

—Pero ¿qué tiene? preguntó Ana con afán.

—¿Qué ha de tener sino que se muere! que ya es tarde para salvarlo! que solo cuenta cinco años, que ha pasado muchos dias comiendo solo un poco de pan... ¡que hace dos que esto tambien le falta! que cuando esta mañana, socorrida por V. le he comprado alimento, ya no quiere tomarle, que á un desmayo sucede otro desmayo, y que se me muere, se me muere sin remedio!

—Pero, ¿ha probado V...?

—¡Todo! he corrido á casa de un médico, le he pedido de rodillas que le salve... pero dice que está muy débil, que no tiene

fuerza... le ha mandado algunas medicinas, este cordial... pero mire V., mire V., ya no puede tragarlo!

En efecto, la señora de Lopez, como la habia llamado el portero, levantó la pálida frente de su hijo y acercó por centésima vez la medicina á su boca. ¡Pero ay! el pobre niño apretó sus descoloridos labios y movió su rubia cabecita sin tener siquiera fuerza para llorar. La desesperacion de su madre no tuvo limites!

—Oh! tenga V. valor, murmuró Ana aterrada ante aquella desgracia! tenga V. resignacion.

—Que tenga valor! exclamó la infeliz con amargura, ¡ay, señora! V. no sabe lo que he sufrido en este mundo! V. no sabe cuánta lucha, cuánto dolor ha sido necesario que sienta desgarrar mi alma para llegar al extremo en que ahora me hallo! Porque yo era casi rica, esperaba un porvenir tranquilo, y ya ve V., ya ve V. lo que me rodea.

Ana echó una mirada involuntaria por aquella estancia, y se convenció de que efectivamente nada podia darse más pobre y más extremadamente miserable.

Entre tanto, la señora de Lopez solo se ocupaba de su hijo, de su hijo que no pagaba ya sus caricias con una sola mirada, y cuyos labios frios no correspondian con un beso á sus delirantes besos.

—¡Oh! gritó en medio de su dolor aquella madre desolada, ¡solo tu muerte, pobre ángel mio, es lo que acaso no podré perdonar á tu padre!

—¡Qué dice V.! exclamó la condesa estremecida.

—Que su padre, su padre solo es la causa de que se muera así mi hijo!

—Eso es horrible!

—Más lo es mi pasado, mi pasado, que he sufrido sin quejarme, sin murmurar. ¡Oh! V. no sabe, V. no sabe cuánto he sufrido!

Y aquella mujer, cuyos sentimientos comprimidos en el corazon se desbordaban ahora, como salta un torrente por largo tiempo contenido y que al fin con su empuje rompe su dique, empezó á decir en el terrible extravio de su dolor:

—Yo tenia una fortuna, yo tenia consideracion, bienestar; yo tenia cuanto puede hacer grata la vida: pero llegó un dia en que el hombre á quien habia entregado mi amor, mis esperanzas, ¡todo! enloquecido por falsos amigos, dió el primer paso en la

senda del vicio. Esa senda es muy rápida y muy resbaladiza, señora, y ni súplicas ni lágrimas bastaron á detenerle. De falta en falta, de desórden en desórden, fuimos rodando, rodando, hasta caer en la miseria. Ni un átomo de nuestra riqueza, ni un girón de nuestra honra se salvó de aquel naufragio! ¡ay! que cuando el vicio se apodera de una fortuna no la abandona hasta dejarla consumida. Mi esposo no era un malvado, era solo lo que el mundo llama un calavera de buen tono; pero su corazon era bueno, y al caer la venda que le cegaba, al conocer su error, no pudo resistir á su pena y murió consumido por la fiebre del remordimiento. Despues.... ¡oh! despues, ¿para qué quiere V. que le diga lo que he pasado? Dias sin pan, noches sin luz, horas sin calor y sin abrigo, y todo en silencio, todo ocultándolo como un crimen; diciendo á mi hijo «calla» si gemia de hambre, «calla» si lloraba de frio; ¡porque no hay una pobreza más horrible que la pobreza vergonzante! Yo queria resistir... me horrorizaba mendigar; pero esta mañana ví á mi pobre niño desfallecer, sentí un vértigo, salí á la calle para pedir una limosna, y á cada una de las personas que encontraba extendia mi mano, iba á hablar, pero no encontraba frase.... callaba.... esperaba á otra, y siempre lo mismo; hasta que ví á V., y... ¡de qué me ha servido implorar la caridad pública, si yo no queria nada para mí, sino para mi hijo, y le voy á perder!

Ana estaba aterrada; aquel horrible relato la habia impresionado de una manera espantosa, pintándole acaso su porvenir.

De pronto la señora de Lopez dió un grito! su hijo habia exhalado el postrer suspiro; ¡la última flor de su vida habia caido deshojada! ¡el ángel que la guiaba habia volado á la eternidad! ella rodó sin sentido junto á aquel lecho, y la condesa, loca de espanto, exclamó cayendo de rodillas con un supremo grito del alma:

—Dios mio, Dios mio, librad á mi hijo de la suerte de ese niño, libradme á mí de la pena de esta mujer.

Una explosion de llanto respondió á estas palabras muy cerca de Ana. La jóven volvió la cabeza y halló un hombre que se cubria el rostro con las manos, y que mezclaba sus sollozos á los sollozos de las dos mujeres.

Aquel hombre era Jorge; Jorge que, guiado acaso por una terrible sospecha, habia seguido á su esposa y que al espiarla, lo

habia escuchado todo oculto en la oscuridad.

—Ana, perdóname! fué su primera palabra: he sido un miserable que gastaba en mentidos goces el patrimonio de nuestros padres; he sido un infame que derrochaba la herencia de nuestro hijo sin pensar que corría á la ruina. ¡Mucho he perdido, pero aun es tiempo de remediar mi falta, aun es tiempo de volver al camino del bien! Las palabras de esa mujer han resonado en mi corazon, han roto la venda que me cegaba, han sido un aviso divino que el cielo me envia para salvarme, cuando estaba á punto de perecer! Dios sin duda te ha traído aquí, para que yo viese las consecuencias que produce un extravío, los males que una falta trae en pos!

—Dios! murmuró Ana con alegría, Dios! ¡oh! bendita sea su clemencia que me devuelve mi ventura, en pago de haber practicado una pequeña obra de caridad. ¿Y habrá quien juzgue perdida la moneda que damos al pobre, el pedazo de pan con que mitigamos su hambre, la gota de agua con que templamos su sed, ó la lágrima sola con que tomamos parte en su infortunio? ¡Ay! quien tal piense desconoce la misericordia divina y olvida las promesas de Dios.

Ana tomó bajo su proteccion á la señora de Lopez, que ya estaba sola en el mundo, haciendo de ella una compañera, una hermana, y desde aquel día nada quiso que le faltase; ¡ni aun una cruz y una corona de flores para la blanca tumba de su hijo!

Jorge redimió sus faltas con una vida irrepreensible y laboriosa, dedicada al amor de su familia y á los santos goces de la caridad, puesto que á ella debía su regeneracion y su tranquilidad; y que podia repetir, como dijimos al empezar este pobre artículo, que esa hija predilecta del cielo, ese soplo purísimo del alma, es un perfume del espíritu que embalsama al espíritu mismo; es un raudal de cristalinas aguas que refresca el labio que le gusta y la mano que le prodiga, es la llave de la eternidad, es el sol esplendente de los que sufren, es el lazo invisible que nos liga á Dios.

¡Oh! vosotras, á quien la fortuna sonríe, si quereis gustar una dicha más pura, más dulce que las que habeis saboreado hasta aquí, tended una mano al necesitado, enjugad una lágrima al que llora! Quién sabe si un don de vuestra diestra salva á una familia, rescata un alma, redime á un

infeliz! Quién sabe, quién sabe si dando un pedazo de pan al hambriento evitais un crimen, si vistiendo á un desnudo os oponeis á un robo, si amparando, en fin, al desgraciado, haceis de un culpable un ser honrado, y un cariñoso y buen padre de familia!

Y ¿qué mayor ventura, qué mayor gloria que oír las bendiciones de la gratitud, que escuchar la voz interior de nuestra conciencia satisfecha?

¿Qué son los halagos de la vanidad, los gozes del orgullo, ante estas santas é inefables alegrías?

Una flor, un lazo, un diamante, adornarán vuestros cabellos, engalánarán vuestra frente; pero un corto don, una sola limosna, una palabra de consuelo embellecerán vuestro corazon, y encantarán vuestro espíritu.

El oro que gastais en las vanas frivolidades de la moda, en adornos, en diversiones, hará acaso que la sociedad os aclame reina de la elegancia, soberana de la hermosura; pero ¡ay! que en la falsa corona que estos títulos ciñen á vuestras sienes habrá muchas espinas, muchas! La murmuracion, el odio, la calumnia, afilarán sus aceradas puntas, que os herirán desapiadadas; pero la suma que invertais en una obra de caridad os atraerá otro dictado y otra corona mejor: la de la divina virtud, la de la santa bondad, ante la cual el hombre más descreído se descubre con respeto, y la maledicencia y la envidia enmudecen avergonzadas.

Dad, pues, limosna al desgraciado, remediad por doquiera el infortunio, y todos os bendecirán, os admirarán todos, y el mundo, inclinándose á vuestro paso, dirá no solo «qué bello es su rostro», sino tambien, «qué hermosa es su alma», el alma, que es imperecedera, inmortal y eterna!

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

¿Por qué pensaba Elena en su madre en aquellos instantes? ¿por qué dirigia su pensamiento al cielo como rogándole que la amparase desde allí?

¿Era acaso que sentia algo nuevo, algo desconocido agitarse en su pecho y transformar

todo su ser? ¿Era que, como el pobre pajarillo, presagiaba la tempestad, y buscaba con azorados ojos las alas protectoras que pudieran darle abrigo?

¿Quién sabe! nosotros solo podemos decir que la hermosa niña tenía la frente inclinada sobre el pecho mientras su mano recorría el teclado, y que dos lágrimas claras y transparentes rodaban por sus mejillas, como dos gotas de rocío brillan sobre las hojas de la entreabierta rosa.

D. Martín también se olvidaba de cuanto entonces le rodeaba, y con la venerable cabeza inclinada movía los labios imperceptiblemente como si dirigiera al cielo una súplica ó una oración. Carlos no sabía qué pensar, y Ricardo, que colocado junto al piano escuchaba con afán, sintió el contagio de aquella melancolía, de aquella tristeza, de aquellas dos lágrimas, y sus ojos fijos con afán en la joven, aguardaban una mirada, un suspiro, para identificarse con ella.

Acaso será un error; pero en el rayo de luz que aparece en la pupila, brotando del alma, hay algo de magnético, algo de eléctrico que atrae la mirada de los ojos que buscamos. Esto sucedió entonces con Elena. Alzó sus rubias pestañas, y sus ojos se fijaron en los de Ricardo, que la contemplaba con delirio.

La niña se estremeció: Carlos jamás la había mirado así, y por lo tanto el sentimiento que el joven inglés despertó en su pecho, fué muy distinto del que la había inspirado hasta entonces el compañero de su infancia.

¡Pobre Carlos! él quería á Elena con toda su alma; pero en aquel cariño había tal mezcla de respeto, de pureza, de paz, que fácilmente Elena le confundía con el amor fraternal.

¿Y qué tiene esto de extraño? ¿no la daba él mismo este casto título? ¿no la llamaba siempre hermana mía? ¿Por qué no le había de mirar solo como un hermano aquella niña cuyo corazón iba á estremecerse con el sentimiento primero de un primer amor?

Ricardo murmuró algunas frases ininteligibles casi.

Elena no pudo entenderlas, pero las adivinó.

Ni Carlos ni D. Martín se apercibieron de ellas.

Ambos estaban á su vez dominados por un pensamiento: el anciano recordaba á su hija: Carlos admiraba á Elena.

Cuando los dos jóvenes se despidieron, el señor de Castro ofreció cortésmente su casa á Sir Ricardo, y este aceptó con gozo el ofrecimiento.

Tocó apenas la mano de Elena al saludarla, pero notó que aquella mano temblaba ligeramente como la suya, y que los labios de la niña apenas acertaban á balbucear una frase cortés.

Cuando salieron á la calle los dos amigos para regresar á su colegio.

—Qué te parece mi padrino? preguntó Carlos con la expansión natural de su carácter.

—Bien, respondió Dervil un poco distraído, es un anciano bueno y amable, que se hace perdonar los achaques de la vejez, en gracia de la bondad de su carácter.

—Y... Elena? ¿cómo la encuentras?

—Es tan joven...

—Sí, es casi una niña.

—Me he fijado poco en ella. Solo te diré que toca el piano admirablemente, y que si se dedica al arte será una profesora admirable.

—Eso mismo creo yo. Por lo demás, dices bien, tiene muy pocos años, lo que no impide que yo la mire con el cariño de un verdadero hermano.

Los dos callaron, pero los dos acababan de engañarse por primera vez.

Carlos amaba á Elena con todo el entusiasmo de un primer amor, y Ricardo al mirarla había sentido germinar en su alma todo el fuego de una primera pasión.

En cuanto á Elena, durmió muy poco aquella noche.

La imagen de Ricardo y sus apasionadas frases aparecían sin cesar á su memoria, apartando el sueño de sus ojos, y acelerando los latidos de su corazón.

Se levantó temprano, saltó de su lecho, y por un impulso desconocido se dirigió al gabinete donde la tarde anterior había recibido al joven.

Con un afán y un temor desconocido é inexplicable para ella, tocó las hojas del papel de música que él había tocado el día anterior, apoyó su mano en el mismo sitio en que recordaba que él la había colocado la víspera, sintiendo al hacerlo que se coloreaban sus mejillas y que de su labio se escapaba un suspiro.

Inmóvil, absorta en mil encontradas ideas, permaneció largo rato, sin cuidarse en su distracción de medir el tiempo que corría.

—En este sitio estaba él, murmuró al fin de un modo imperceptible; aquí apoyaba su brazo mientras yo tocaba olvidándome de todo y viendo ante mí tan solo su mirada; su mirada, que empañaba una lágrima; ¿por qué lloraría ese joven? ¿por qué también lloraría yo?

Y mientras Elena dejó caer su frente sobre el pecho, pensativa cada vez más, un hombre

la contemplaba desde la puerta con una mezcla de adoración y de pesar.

Aquel hombre era D. Martin.

Se acercó lentamente á la joven sin que esta sintiera sus pasos, y despues de aguardar un momento á que ella alzase del suelo sus ojos, tocó suavemente su hombro y la dijo con amorosa voz:

—¿Qué tienes, hija mia?

La niña se volvió rápidamente con las mejillas encendidas, y tuvo miedo sin saber de qué.

Creyó que su abuelo podia leer en su frente los pensamientos que se agitaban en ella, y sin embargo, sus pensamientos eran tan puros como el aroma que se anida en el cáliz de una azucena.

—¿Qué tienes? volvió el anciano á preguntar, estás un poco más pálida que ayer; ¿te sientes mal, Elena mia?

—No señor, contestó la niña con una dulce sonrisa, estoy buena enteramente.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

¡SOY EL DOLOR!

Á la virtuosa señorita doña C. G.

Soy nube al rostro,

y ofusco el dia;

soy para el alma

triste afliccion;

peso cual losa

de plomo fria

cuando penetro

el corazon!

Arranco lágrimas

al que me lleva,

dentro del pecho

que abraso yo;

vida y encantos,

muerte y pesares

se dar al hombre;

¡soy el Dolor!

Mas los tormentos

que aquí en la tierra

mi mano aplica

sin compasion,

tórnanse flores

con que á los justos,

allá en la gloria

corona Dios!

E. A. V. R.

Santiago, Setiembre, 1875.

EL PALACIO DE MONTSABREY.

CONTINUACION.

IV.

La convalecencia de Lucila adelantaba con rapidez, y á medida que iba recobrando fuerzas se desarrollaba su inteligencia. Como un terreno virgen que jamás ha sido fatigado con ningun cultivo, producía sin esfuerzo y en abundancia frutos, cuya belleza causaba admiración. El doctor, el cura y Federico no la abandonaban un momento: rivalizaban en ardor y en delicadas atenciones, y era un espectáculo que enternecía el de aquellos tres hombres, velando á la joven con la solicitud y el cariño de una madre. Cada uno de aquellos tres fieles guardadores sacaba partido, segun sus facultades, de tan maravillosa resurrección. Aunque el invierno se aproximaba, todavía doraban los rayos del sol la llanura y las colinas. El doctor explicaba á la señorita de Montsabrey la naturaleza que hasta entonces solo habia vislumbrado á través de una nube: cada paseo le proporcionaba materia para enseñarla y revelarla alguna cosa nueva. Una roca, una planta y una fuentequilla le suministraban ocasion de despertar y dar ensanche al entendimiento de su joven compañera. El cura, testigo de la milagrosa expansion de aquella alma infantil, la mostraba el dedo de Dios en la creacion entera. La parte de accion de Federico, aunque más modesta en la apariencia, no era, sin embargo, menos grande; con su gracia, su juventud, su afectuoso anhelo, y la simpatia fraternal que manifestaba á la hermosa niña, se asociaba eficazmente á la obra de los dos hermanos, y su presencia era quizá más elocuente que todos los discursos del bondadoso doctor y del virtuoso párroco. Si tardaba en llegar, se leía en los ojos de Lucila una inquietud febril, y en cuanto le veia y oia el sonido de su voz, se exaltaba su corazon y se aumentaba la curiosidad de su inteligencia. Cuando Federico estaba á su lado todo queria saberlo; lejos de él, la naturaleza era para ella un espectáculo indiferente. No procuraba explicarse la presencia de aquel joven en el palacio: ignoraba su posicion social y su procedencia, y no pensaba en averiguarlo. Su alma, al despertarse, se habia fijado en él sin desconfianza, como una paloma que escapándose por primera vez de su nido se para en las ramas de un árbol inmediato.

Llegó el invierno y fué necesario renunciar á los paseos y reunirse en derredor del hogar.

Conversaciones amenas y variadas, lecturas hábilmente escogidas y lecciones dadas por Federico y los dos hermanos, continuaron la obra comenzada. Federico no se parecía á la mayor parte de los pintores de nuestra época: no habia limitado su estudio á los secretos de su arte; estaba convencido de que buscando bien, fuera de la pintura pueden encontrarse algunas cosas que no son enteramente indignas de ocupar el entendimiento humano. Así es que contribuía con un rico contingente á los trabajos del día y á las conversaciones de la velada. Lucila le escuchaba con interés y la gustaba todo cuanto decia.

Aquella vida era indudablemente muy dulce para nuestro jóven amigo. Salía por la mañana de San Mauricio, se detenía en la casa del doctor, y ambos se dirigían al palacio conversando de una manera agradable. El invierno tiene bellezas que los habitantes de las ciudades no conocen ni aun presumen. El campo estaba encantador con su manto de armiño y los bosques con su escarcha, y envueltos en densa niebla, presentaban un aspecto mágico. En cuanto divisaba de lejos á los dos amigos, Lucila, envuelta en un abrigo de pieles salía á recibirlos, y sus delicados piés apenas hacían crujir la nieve endurecida. Trascurrían las horas deliciosamente, y Federico se volvía por la noche á la aldea acompañado del buen cura, cuyo celo no habían podido entibiar los rigores de la estación. ¿Qué imaginación un poco poética no hubiera envidiado la suerte de aquel jóven? Mezclar sus días con los de una adorable criatura, que por un raro privilegio reunía el candor de la infancia y las gracias de la juventud; asistir al desarrollo de aquella alma angelical; vigilar, dirigir el vuelo de su inteligencia, y expiar y sorprender los primeros latidos de su corazón, era una tarea muy dulce y una vida sumamente placentera. Sin embargo, Federico resolvió desprenderse del encanto que se iba apoderando de él; había concluido por comprender el peligro de aquella intimidad... Era muy pobre y Lucila pertenecía á una familia demasiado opulenta para que jamás pudiera pensar en ofrecerle su mano. ¿Á dónde le conduciría aquel cariño siempre creciente, aquel afecto mútuo que no tenía necesidad de declaración? ¿No era una locura el aventurarse más en un camino tan peligroso? Al mismo tiempo que la razón le mandaba alejarse, sus trabajos le llamaban imperiosamente á París; bien pronto adoptó su partido.

Una tarde, hallándose todos reunidos, Federico anunció su marcha y se despidió de Lucila: la jóven palideció y calló. Los dos her-

manos comprendían también, aunque menos claramente que Federico, el peligro de su posición, y á pesar de que le querían con ternura no procuraron detenerle.

—¿Es cierto? dijo por fin Lucila con voz amortiguada que revelaba la turbación de su corazón; ¿hablais con seriedad? ¿por qué partís? ¿No sois feliz á nuestro lado? ¿No amais á vuestros amigos?

—Debo partir, replicó Federico; vivir con vuestra vida es una dicha que no está reservada para mí.

—Es exacto, hijo mío, dijo el cura: cada uno tiene en este mundo sus deberes que cumplir: la ociosidad no sienta bien en vuestra edad.

—Caballero Federico, repuso Lucila dirigiéndole una mirada suplicante, aguardad al menos el regreso de mi madre.

—Su lugar no se halla al lado de nosotros, contestó el doctor; sería un egoísmo detenerle por más tiempo. Ya ha perdido muchos días: sus ensayos han sido brillantes, y ya ha llegado la hora de que cumpla sus promesas.

—Adios, amigos míos, dijo Federico levantándose y estrechando la mano á Lucila, el cura y el doctor, adios! pensad alguna vez en el que os tendrá incesantemente en la memoria: he pasado á vuestro lado los días más felices de mi vida, y jamás los olvidaré. Sed dichosos, y que Dios os conceda la ventura y la calma que mereceis.

El doctor y el cura adivinaban, aunque confusamente los sentimientos que le agitaban, y le abrazaron con ternura paternal. Lucila, pálida, silenciosa é inmóvil, miraba á Federico y parecía no comprender nada de lo que pasaba en derredor suyo. Federico salió con el corazón desgarrado, pero con paso firme, y procurando dominar su emoción. Al día siguiente al rayar el alba, y cuando concluía sus preparativos de marcha, vió entrar en su cuarto al doctor, cuyas facciones demudadas, descubrieron una viva ansiedad.

—No partireis, no podeis partir, dijo con voz conmovida; nos es necesaria vuestra presencia, porque vuestra tarea no está todavía concluida. Sabéis lo que pasa? Apenas nos dejásteis Lucila fué acometida de una fiebre ardiente. He velado toda la noche á su cabecera, y en su delirio no ha pronunciado más que dos nombres: llamaba á su madre y á vos: la he dejado en un estado de exaltación que me alarma, no os lo oculto. Si os alejais, no respondo de nada; pensad, mi jóven amigo, que ahora formais parte de su existencia. Cuando su razón se ha desplegado, ha fijado en vos su primera mirada; vos habeis recibido la confianza

de sus primeros sentimientos y de sus primeras ideas. Es una alma enteramente nueva que solo obedece á sus instintos: más tarde, sin duda, podrá pasarse sin vos; ahora necesita veros y oiros para pensar, como la es necesario el aire para respirar. Conozco la bondad y honradez de vuestro corazón, y preveo todo lo que podeis decir para justificar vuestra resolución; pero he conferenciado con mi hermano, y ha disipado todos mis escrúpulos; su palabra debe bastar para tranquilizar vuestra conciencia y decidiros á permanecer aquí. No olvidéis, amigo mío, que soy responsable de la vida de Lucila: hasta que vuelva la señora de Montsabrey, debemos reemplazarla: sé que vuestros trabajos os llaman á París; pero sois jóven, un largo porvenir se os presenta, y no encontrareis dos veces la ocasión de cumplir un deber tan sagrado. Haced por Lucila lo que haríais por vuestra hermana: la señora de Montsabrey no puede tardar en llegar: habeis sido testigo de su desesperación, asistiréis á su alegría, y partireis gozoso con su felicidad.

Y como Federico vacilaba,

—No podeis permanecer en la aldea, prosiguió el anciano que poseía toda la delicadeza del corazón; la estación promete ser muy cruda: no sabéis lo que es el invierno en este país: dentro de pocos días los caminos se cubrirán de nieve y se pondrán impracticables. Venid á estableceros en mi casa, que es bastante espaciosa para recibirlos: vuestra presencia me dará algunos reflejos de juventud, sereis como un rayo luminoso al declinar mi vida. Venid, pues, amigo mío: las horas que no pasemos al lado de nuestra querida niña, las emplearemos juntos en hablar de los hombres y de las cosas que amamos.

La conciencia más recta tiene tantos pliegues tortuosos, y somos tan hábiles en erigir nuestras inclinaciones en deberes, que Federico, contentísimo con tener un pretexto que le permitiese quedarse, creyó sinceramente que hacia un sacrificio en no partir. Aceptó la hospitalidad que tan cordialmente le ofrecían, agarró su saquillo que acababa de cerrar, y en vez de tomar el camino de París, se dirigió hacia la casa del doctor, no sin abrazar antes á la dueña de la posada del *Aguila de Oro* y á sus dos hijas, que lloraban como tres fuentes. El doctor no habia engañado á Federico: Lucila tenia una calentura fuerte. Apenas vió al jóven pintor, su rostro se calmó como por encanto: el brillo de sus ojos fué suavizando, le alargó la mano, y con voz que expresaba el reconocimiento y la reprensión,

—¿Por qué, pues, le dijo, queríais partir?

Federico se sentó á la cabecera de su cama, y no le costó mucho trabajo justificarse.

(Se continuará.)

SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.

EL VELO BLANCO.

(Continuación.)

—Pero ¿es preciso decir todas las faltas para que el Señor nos las perdone?

—Sí, todas enteramente.

—Yo creía...

—En quedando una sola oculta en nuestro pecho, mancharia de tal modo nuestra conciencia, que quedaria imposibilitada de recibir en ella al Sumo Dios.

—Yo pensé que en diciendo algunas...

—No, hija mia, y lo comprenderás perfectamente cuando respondas á esta pregunta. Si un emperador, si un rey se dignase visitarte y tú supieras de antemano la hora de su llegada, ¿no procurarías adornar la morada en que habías de recibirle con el mayor esmero, con el cuidado mayor?

—Sí, sí señora.

—Pues ¿qué emperador más poderoso? qué rey más magnánimo que un Dios inmenso, supremo é increado? Morada suya va á ser nuestra alma en el instante en que velada bajo la forma de augusto Sacramento desciende á nuestro pecho! morada del que tiene los cielos por palacio, el sol por escabel, los universos por alfombra! Purifica, pues, tu corazón, Luisa mia, purifica tu corazón, ya que para agradar á tu Criador tienes tan solamente la pureza, la penitencia y el amor.

III.

—Me has preguntado, hija mia, si debes confesar todas tus culpas, y voy á referirte un hecho que te lo probará mejor que todas mis palabras. Mercedes era una niña tan hermosa como su nombre. Su madre, buena y cristiana, la enseñaba á amar y á temer á Dios, y todas las noches, sentada sobre sus rodillas, la hacia bendecir una y mil veces á la Santísima Virgen María, reina amorosa de todas las madres.

La niña era buena, aplicada y caritativa; era obediente y sumisa para su madre; pero todas estas bellas cualidades quedaban oscurecidas por un grave defecto. Su carácter era

violento y colérico, y se dejaba llevar de los impulsos de su enojo.

Mil veces se refrenaba, porque su madre la había reprendido mucho, y la buena educación da siempre bellos frutos; pero un día, un solo día el ángel de su guarda se cubrió los ojos con sus blancas alas y derramó una divina lágrima, entristecido porque Mercedes había manchado su alma con una culpa terrible.

La niña en un momento de enojo había faltado á su madre, respondiéndola con poco respeto y desobedeciéndola por un instante.

Poco despues, la madre de Mercedes fué llamada por Dios al tribunal supremo; había llegado á su fin el plazo de su vida, y la niña quedaba huérfana.

Pasó un año, y en el aniversario de la muerte de su madre, Mercedes quiso hacer su primera comunión.

Retiróse al pequeño cuartito que la servía de dormitorio, y allí postrada ante una imagen de la Virgen María examinó su conciencia y recordó todas sus culpas.

La palabra ofensiva, la mala contestación que había dado á su madre tanto tiempo antes, acudió á su memoria entonces, al repasar en los últimos pliegues de sus recuerdos: pero por una inspiración de su ángel malo, que quería perder á aquel alma pura, la niña se avergonzó de aquel pecado y resolvió no confesarlo.

En vano el serafín encargado de su custodia dijo á su oído una vez y otra vez que esto era un sacrilegio.

Mercedes no escuchó su voz, y siguió en su culpable propósito.

Amaneció el día señalado para la santa ceremonia, aquel día en que Dios mismo, por un exceso de amor, iba á descender desde la eternidad al pecho de aquella niña.

Mercedes dejó su traje de luto, y se puso un precioso vestido de muselina blanca guarnecido de finos encajes, ciñendo su hermosa frente con un velo de tul del color inmaculado de la nieve.

Una corona de flores de azahar completaba su atavío, llevando también un lindo devocionario y un rosario de nácar, regalo de su anciana abuela.

Llegó al templo con sus compañeras.

La iglesia estaba llena de gente porque era una festividad de la Virgen, y todos los cristianos, por culpables y olvidadizos que sean, tienen una fibra en su corazón que se extremece de amor al escuchar el nombre de María.

(Se concluirá.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VARIEDADES.

En tiempo del primer Imperio, un soldado francés llamado Jaques Rousell se hallaba en Rugen, isla pequeña en el Báltico, separada de la costa de Pomerania por un estrecho canal y á la sazón ocupada por un destacamento del cuerpo de Davoust.

Llegó la inesperada orden de evacuar la isla; inmediatamente un buque se hizo á la vela, y Jaques fué olvidado allí, sin que el jefe del destacamento se hubiera acordado de él.

Siguió el centinela paseando y solo aguardaba la hora del relevo, hasta que, en vista de haber pasado tres horas, perdió la paciencia y se vino al cuerpo de guardia, el cual, como era natural, estaba desierto. Sorprendióle aquella novedad y trató de aclarar los motivos; pero cuál no fué su sorpresa al oír de boca de un isleño, que sus compañeros habían partido. ¡Cielos! exclamó, me van á juzgar como desertor! Estoy deshonorado, perdido! y prorumpió en un amargo llanto.

Un anciano que presenciaba aquella triste escena, movido á compasión le dijo: No se apure usted, militar, yo le daré hospitalidad, y le casaré con mi única hija. Esto tranquilizó á nuestro veterano, y ambos partieron para la casa del caritativo labrador.

Llegó y topó, como suele decirse; pues á los pocos días se celebró el casamiento, viviendo felices los cónyuges y el buen viejo.

Cinco años transcurrieron cuando se presentó en las aguas de la isla un buque. ¡Un buque francés! exclamó Jaques; distingo el uniforme de los soldados, vienen por mí y me fusilarán sin remedio; y partiendo como un rayo llegó á su casa, vistiéndose con su uniforme, el cual había conservado, y despidiéndose de su mujer, corrió á la playa á tiempo que el bote del buque se acercaba.

—¡Quién vive! grita Jaques preparando su fusil.

—¡Muchos como tú! contestáronle desde el bote, desembarcando al mismo tiempo. ¿Qué es esto? le interrogó á Jaques el oficial, extrañando ver en aquella isla un soldado francés. Soy yo, mi capitán, que hace cinco años que estoy de guardia.

Esta disculpa le valió el perdón y su retiro.

Volvió Jaques á Montpellier acompañado de su esposa, y murió á la edad de 92 años.

Un loco tenía la manía singular de no permitir que le hicieran la cama. En vano el médico y los enfermeros habían tratado de averiguar la causa de tal preocupación; siempre el mismo silencio de parte del loco; siempre también la misma negativa. Dos años hacía que nadie más que él había penetrado en su alcoba.

Un día recibió la visita de un antiguo amigo, á quien reconoció en seguida, y con el cual habló largamente y con la mayor cordura. Este, que ya estaba prevenido, se empeñó en dejarlo acostado, para lo cual mandó que le hicieran la cama.

—No, eso no, gritó el loco fuera de sí.

—¿Pero por qué? dijo dulcemente el amigo.

El loco le estrechó conmovido entre sus brazos, y murmuró con temor á su oído:

—¡No la hagas, y no la temas!

GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO,
Plaza de Ayuntamiento, 15.